

EL MARXISMO Y LA SOCIOLOGIA EN COLOMBIA

Fernando Uricoechea

I. Introducción

Las relaciones entre el marxismo y la sociología en Colombia no han sido, en realidad, muy próximas. En primer lugar, el diálogo que se ha establecido entre ellos dos, cuando lo ha habido, es extremadamente reciente. En segundo lugar, ese diálogo no ha sido, por una serie de razones que irán aflomando a lo largo de esta presentación, lo suficientemente intenso como para justificar el surgimiento y la institucionalización de un conocimiento sociológico genuinamente marxista en el seno de la ciencia social colombiana.

Sería un error pensar, no obstante, que las causas últimas o fundamentales que explican la precariedad del diálogo de la sociología colombiana con el marxismo obedezcan esencialmente a factores accidentales e históricos como los dos que acabé de mencionar: esto es, el carácter reciente de ese diálogo y la insuficiencia en la comunicación. Más que causas, en verdad, esos factores son síntomas que, a su turno, tienen que ser explicados.

La tesis que me propongo presentar aquí de manera sumaria, precisamente, es la de que el diálogo insatisfactorio entre la sociología y el pensamiento marxista no obedece a razones accidentales, coyunturales y contingentes, es decir, históricas sino que obedece a razones necesarias que se derivan del modo característico como la sociología y el pensamiento marxista, respectivamente, conciben el mundo, la sociedad, la historia, la ciencia y la investigación. Son, pues, razones de fondo que no tienen mucho que ver con situaciones de coyuntura que favorezcan un mayor acercamiento entre esas dos formas de pensar.

II. El ingreso del pensamiento marxista en la vida académica

El influjo del pensamiento marxista en la vida académica y en la vida política y cultural nacional y regional es muy reciente. Después de la influencia del utilitarismo liberal europeo representado por Beccaria, Bentham y los Mill hacia los años cua-

renta del siglo pasado, la escena cultural e ideológica se mantuvo prácticamente inmodificada hasta el último cuarto del siglo pasado con la llegada de corrientes de pensamiento positivista como el evolucionismo spenceriano y, particularmente, la economía política inglesa. El marxismo comienza también en la misma época a tocar tímidamente a las puertas de la ciudad solariega y tradicional característica de la república oligárquica del momento. El marxismo se inaugura, entonces, como ideología política, como instrumento ideológico para los procesos de reivindicación política y movilización de las masas que entonces comienza a emerger.

Ese primer influjo marxista en nuestro suelo tiene dos rasgos básicos: en primer lugar, y a diferencia de otras doctrinas ideológicas, su ascendencia tiene como límite el perímetro urbano. Marxismo y urbanización o, si se prefiere, masas urbanas tienen, para entonces, una particular aunque virtual afinidad electiva. El segundo rasgo es su naturaleza exclusivamente política. El pensamiento marxista no penetra en las aulas de la universidad. Primero que todo, por supuesto, por la censura inquebrantable que la república conservadora impone en el seno de las instituciones de enseñanza a cualquier corriente de pensamiento que se aparte de la ortodoxia católica¹. Pero también, a mi ju-

1. El carácter de dicha censura se puede apreciar en los siguientes artículos extraídos del Proyecto de Ley General sobre Instrucción Pública discutido en el Consejo de Estado:

art. 4o. "Los textos para las enseñanzas que se den en los Colegios y Universidades serán designados por los respectivos Profesores, previa aprobación del Consejo Académico o de los Consejos administrativos".

Nuevo artículo del Capítulo V: "No es permitido enseñar Jurisprudencia ni Medicina en establecimientos abiertos al público, fuera de los oficiales y de aquellos cuyos Directores garanticen suficientemente que no se inculcará en ellos doctrina heterodoxa".

Véase, finalmente, el siguiente artículo, sin numeración, del título IX: Textos de Enseñanza y bibliotecas del mismo Proyecto: "Cada Facultad Universitaria, Instituto o Colegio, sea oficial o subvencionado, elegirá libremente los textos necesarios para la enseñanza (...) bajo las siguientes condiciones:

"1a. No podrá adoptarse texto alguno que contenga doctrina reprochada por la Iglesia;

cio, por la incompatibilidad urticante entre la predominante cultura letrada, tradicional y “bacharelesca” del pensamiento académico, por un lado y, por otro, la novedad intelectualmente abrumante, revolucionaria y anonadante que el marxismo representaba para el estilo y los patrones del pensamiento tradicional.

No es, pues, de sorprender que el pensamiento marxista haya tenido que hacer antesala por varias décadas antes de poder ingresar en el mundo académico. Y para que esto ocurriese, fueron necesarias dos circunstancias sin las cuales su recepción habría sido aún más tardía. La primera tuvo que ver, sin duda alguna, con el simultáneo levantamiento de la censura ideológica de la república conservadora y con el *aggiornamento* y modernización de la universidad y los claustros colombianos que inaugura la república liberal con López Pumarejo. Esa nueva circunstancia constituyía, por supuesto, una condición necesaria para el eventual florecimiento del pensamiento marxista en el mundo académico colombiano. Pero no podía, por sí misma, transformarse en condición igualmente suficiente. Para la satisfacción de este segundo requisito se necesitaba otra nueva circunstancia: el surgimiento de un nuevo tipo social, hasta entonces prácticamente desconocido en el mundo académico parroquial de otrora: un científico social de cuño moderno más interesado en eliminar las barreras entre las diversas disciplinas constitutivas del pensamiento social que empeñado en acentuar las diferencias entre su disciplina y las vecinas. En resumen, un científico social con una visión intelectual más cosmopolita que parroquial, más preocupado, si se quiere, por la síntesis que por el análisis. Solamente un tipo académico con esos rasgos que estimulaban la innovación y el cambio de paradigmas científicos estaba en condiciones de acoger con mayor espontaneidad y menos recelo el desafío intelectual que planteaba el pensamiento marxista en el seno de un contexto académico acartonado y estereotipado.

Es desde esa perspectiva, entre otras, desde luego, como puede apreciarse la importancia excepcional de intelectuales y escritores como Luis Eduardo Nieto Arteta, Antonio García, Gerardo

“2a. Los textos de filosofía serán de autores notoriamente católicos.
“3a. Los de moral, religión e historia sagrada requieren previa aprobación del Metropolitano de Bogotá”.

Los artículos anteriores fueron sacados del Archivo del Consejo de Estado, *Libro de Actas: 1889-1892*, sesiones del 5.v.1890 y 30.vi.1890.

Molina y Diego Montaña Cuéllar. La modernización de la mentalidad académica que representaba esta corriente de sociólogos era el complemento indispensable para la modernización de la estructura institucional de la vida académica iniciada en la década de los años treinta.

Antes de intentar hacer un balance somero del impacto del pensamiento marxista en las últimas décadas en el seno de las ciencias sociales, examinemos primero el surgimiento de la sociología académica colombiana.

III. El surgimiento de la sociología académica

El acceso de la sociología a la vida académica es aún más reciente que el del marxismo. Es cierto que Comte y Spencer eran ya conocidos de vieja data y que León Duguit, jurista y discípulo de Durkheim había causado algún impacto en los claustros de derecho con su teoría de la solidaridad social. Igualmente cierto es que desde hace cien años Salvador Camacho Roldán había propuesto la inclusión de una cátedra de sociología en la Universidad Nacional. De cualquier forma, en toda esa larga etapa inicial, la sociología no estaba académicamente institucionalizada ni constituía, por lo demás, profesión para nadie. Si dejamos de lado los casos excepcionales de pensadores como Luis López de Mesa, o en menor grado, Rafael Bernal Jiménez, la sociología careció de pensadores típicos en la escena intelectual y académica del país antes de los años sesenta del presente siglo. Si algo caracteriza a la sociología anterior a esa fecha es su carácter vocacional antes que profesional, especulativo antes que positivo y artesanal antes que institucional. La investigación empírica es aún inexistente y el discurso sociológico gira alrededor de las preocupaciones tipológicas y clasificatorias de carácter universal, como era de esperarse habida cuenta de la influencia del evolucionismo decimonónico.

El cuadro anterior sufrió algunos vuelcos significativos como resultado del proceso de academización de la sociología colombiana apartir de los años sesenta. Al comienzo de esa década, en efecto, se creó el primer Departamento de Sociología del país en la Universidad Nacional gracias a la iniciativa de Orlando Fals Borda y Camilo Torres Restrepo, dos de los pioneros de la moderna sociología. Con la creación de ese Departamento, años después transformado en Facultad como reconocimiento de la importancia que había ido adquiriendo la disciplina en el medio académico, se

dió inicio por primera vez en el país al proceso de profesionalización de la disciplina. Son, pues, aproximadamente veinticinco años, prácticamente una generación, el tiempo con que ha contado la sociología académica en Colombia para ir adquiriendo rasgos peculiares y a la vez típicos que nos permiten hoy en día identificar esquemáticamente su perfil, como haremos más adelante.

IV. El influjo del marxismo en la sociología

Hablar del influjo del pensamiento marxista sobre la sociología colombiana *en general* es demasiado abstracto. Hay que especificar cuál es el tipo de ámbito sobre el cual se habla porque, en verdad, dicho influjo varía según el ámbito considerado.

Para efectos de esta presentación, voy a distinguir tres ámbitos que son sociológicamente relevantes para la constitución del mundo sociológico como totalidad: en primer lugar, existe el ámbito de la sociología académica, de extrema importancia práctica por cuanto constituye el sistema formal de escolarización sociológica y por cuanto representa el conocimiento oficial, ortodoxo, establecido de la disciplina como profesión. En segundo lugar, el ámbito de la sociología estudiantil que constituye el sistema informal de escolarización disciplinaria. Es indudable que éste ámbito representa un contexto de reproducción del conocimiento disciplinario pero que no se limita a replicar o duplicar los esquemas y patrones de conocimiento transmitidos por el sistema formal de escolarización. En tercero y último lugar, está el ámbito de la sociología extramuros, la sociología como práctica profesional auspiciada por algunos centros e institutos de investigación. El énfasis en este caso está volcado más hacia la producción que hacia la reproducción de conocimiento sociológico, si bien la originalidad de esa producción no tiene que presuponerse necesariamente en todos los casos a causa de las presiones mercenarizantes ejercidas tanto por el mercado como por algunas instituciones financieras que conducen a la perversión del ideal de la libre investigación científica.

De cualquier forma, el influjo del pensamiento marxista se ha hecho sentir de manera diferente en cada uno de estos tres ámbitos de modo general. En esta ocasión, el análisis se concentrará exclusivamente en el ámbito más importante, el de la sociología académica.

Hay dos direcciones hacia las cuales tiende el influjo del pensamiento marxista en el mundo estrictamente académico: en primer lugar, en el proceso de *reproducción* del conocimiento disciplinario y, en especial, la socialización teórica y metodológica del estudiante; y, en segunda lugar, en el proceso de *producción* de conocimiento científico o sea el contexto de la investigación académica propiamente dicha.

Mi proposición es que, en cualquiera de esas dos direcciones, el influjo del pensamiento marxista ha sido bastante pobre en el mundo académico. Hay apenas un reconocimiento ritual y alienado de su importancia teórica y metodológica, lo cual reduce *ipso facto* su relevancia teórico-práctica, independientemente del volumen de atención formal que se le preste en cátedra o en pénum.

En último análisis, creo que el pensamiento marxista se enfrenta como visión de mundo y como concepción del hombre, de la sociedad y de la historia a la visión que ofrece la sociología académica en su proceso de socialización teórica particularmente. Este proceso de socialización está centrado básicamente alrededor de las teorías de Marx, Weber, Durkheim y Parsons. (Aunque no hay quinto malo, como dicen, la hermosa obra de Simmel continuará en el limbo, condenada por su propia virtud: su resistencia prodigiosa a cualquier intento de sistematización y, por tanto, de empobrecimiento). Pero es evidente que Marx es un convidado de piedra como lo es, en cierta y menor medida, también, Durkheim. No quiero implicar, desde luego, que el pensamiento de Carlos Marx no llegue a incidir positivamente en una toma de conciencia de la importancia de las fuerzas materiales en la vida social. Por el contrario. La falla, con todo, es que torpemente se toma el árbol por el bosque. Porque la enseñanza más importante que legó Marx a las ciencias del hombre, la idea que vertebraba la teoría marxista del conocimiento de lo social, la idea según la cual el conocimiento social es conocimiento histórico, esa idea, repito, ha sido sistemáticamente escamoteada por la sociología académica. En parte por una comprensión inadecuada del principio marxista: el carácter *histórico* del conocimiento social no hay que predicarlo en el tiempo, en su temporalidad o, más sencillamente, no hay que ubicarlo necesariamente en el *pasado*, en pretérito. El carácter histórico de ese conocimiento reside en su *método*, en la aproximación característica o sea en la percepción del movimiento social como naturaleza inacabada, rapsódica, contingente, múltiple, abierta y negociada

entre diversas fuerzas. El conocimiento de lo social no es automáticamente histórico simplemente porque su objeto se sitúe en el pasado. El evolucionismo y la antropología decimonónicos buscan su objeto en la historia sin constituirse, por ello, en aproximaciones históricas. De hecho, son la negación del conocimiento histórico de la misma forma en que lo es el pensamiento de Durkheim contrariamente a lo que él afirmaba.

Es importante observar que la concepción marxista de la historia conduce necesariamente a la identificación del concepto de *praxis* como un elemento constitutivo y fundamental de dicha concepción. Sin esa noción, o sea, sin una representación abierta y relativamente indeterminada de la causalidad social que reivindique el papel de la voluntad, de la espontaneidad, de la iniciativa, del proyecto, en suma, de la libertad humana, no es posible un conocimiento genuinamente marxista del mundo social.

Pues bien. Ni la concepción histórica de la dinámica social ni el complementario concepto de la acción social como *praxis* tienen cabida o influjo en el seno de la sociología académica. Si quisieramos ser benévolos, podríamos decir que dentro de esa sociología hay, en el mejor de los casos, una lexicología y hasta una sintaxis marxista, o sea un conjunto de normas y de cánones que hacen posible la manipulación conceptual. Es evidente, de hecho, que la sociología académica se ha apropiado de una serie de conceptos del léxico marxista como clase social, alienación, ideología, infrestructura y superestructura, modo de producción, etc. y también que ella conoce las leyes de sintaxis para el empleo virtualmente adecuado de ese léxico. Sabe, por ejemplo, en qué circunstancias utilizar tales conceptos, sus campos de significación correspondientes, las interrelaciones que los subtienden, etc. Es más. La sociología académica ocasionalmente llega inclusive a elaborar una semántica marxista, es decir, logra establecer de manera correcta y adecuada desde una perspectiva teórica algunas relaciones generales entre esa lexicología toda y la realidad objetiva denotada. Logra, por ejemplo, identificar y ubicar el significado de conceptos como ideología dentro de un contexto inmediato e históricamente determinado.

Pero la sociología académica en ningún momento ha desarrollado una pragmática marxista o sea el estudio del modo de actuar en el contexto de ese sistema de signos, representaciones y significados. Y no hay una pragmática porque, debido a una

perniciosa influencia del naturalismo científico que expulsa la categoría del significado del ámbito de las ciencias sociales, no hay interés en reconstruir o revelar significados o estructuras significativas como, por ejemplo, el modo como los individuos actúan en las situaciones de clase, en el seno de sus respectivas clases sociales. No puede haber pragmática, por lo demás, sin una concepción –al menos latente– de drama, de drama social, de drama cotidiano. Y la noción de drama, a su turno, está asociada íntimamente a la noción de continencia, incerteza, incertidumbre, en fin, historia. La sociología académica, en cambio, carece de la sensibilidad y de la imaginación e inventiva necesarias para elaborar una concepción dramática del hombre y su sociedad. Tampoco cuenta con la motivación que la impulse a ello por una razón muy evidente pero poco mentada: justamente porque ésta es una sociedad académica –y aquí enfatizo la acepción peyorativa detrás del vocablo– ella no está interesada en el hombre concreto, de carne y hueso, sino en la teoría, en la abstractación, en el esquema.

Había mencionado antes que Marx era un invitado de piedra en la escena académica en parte debido a la ausencia de la historia y de la *praxis* como categorías del pensamiento sociológico académico y establecido. Ahora hay que agregar que ello se debe también en parte a la manera típica de teorizar característica de esa sociología, lo cual viene a ser un argumento complementario del anteriormente expuesto. Ese modo de teorización se distingue a mi juicio, por dos rasgos básicos:

En primer lugar, la influencia dominante del naturalismo científico y en segundo lugar, el papel destacado del principio de sistema. El naturalismo científico, por su parte, propugna por extender al terreno de las ciencias sociales los métodos de las ciencias naturales surgidos en el siglo XVIII. Esa teoría del conocimiento se articula alrededor de dos categorías básicas: la noción de ley y la noción de causa. Todo conocimiento que aspire al status de científico debe, pues, ser nomológico y causal. Esta es la posición adoptada íntegramente por Parsons y Durkheim y, en buena pero limitada medida, por Weber también. Ahora bien, un conocimiento de esa naturaleza desprecia el fenómeno individual, lo Occidental, lo contingente, en otras palabras, lo histórico. Lo individual es explicado, paradójicamente, mediante su negación en la medida en que el hecho individual es explicado únicamente cuando es subsumido en una ley o proposición de carácter universal. Por otra parte, la dimensión significativa, simbólica, ideológica,

cultural –en resumen, todo aquello que tiene que ver con el mundo de la conciencia y de la subjetividad, el mundo auténticamente humano y social, todo aquello, repito, es escamoteado e ignorado por esa teoría positivista del conocimiento. No es, pues, de extrañar que la enseñanza metodológica esté prácticamente limitada a la iniciación en técnicas estadísticas y, especialísicamente, por supuesto, a la asociación de variables.

El otro rasgo dominante del esquema teórico académico es, en segundo lugar, la influencia del espíritu de sistema. Influencia más definitiva aún cuanto menos conciencia se tiene de ella. Imputar al funcionalismo y, particularmente, a Talcott Parsons tal estado de cosas es la primera y más generalizada reacción del folclor sociológico. Pero esa es, a mi juicio, una imputación equivocada por diversas razones. Examinémoslas brevemente.

En primer lugar, hay una corriente funcionalista muy poco interesada en la noción de sistema y que, dicho sea de paso, ha sido mucho más influyente en la formación sociológica de corte académico: me refiero a la obra de Robert K. Merton. En segundo lugar, Weber rehusó vehementemente todo intento de enmarcar la reflexión sociológica dentro de una matriz sistemática. En tercer lugar, aunque en forma menos explícita y enfática que Weber, Durkheim es también contrario a la manipulación teórica de ese concepto como fuente de desarrollo analítico. A pesar de imputársele la paternidad del funcionalismo a Durkheim, su heredero legítimo es Merton y no, de ninguna manera, Parsons. En cuarto lugar, buena parte de las estrellas de segunda dimensión del firmamento académico como Simmel, Merton, Mills, Mannheim, Goffman, Bourdieu, etc. son tácita o manifiestamente contrarios a la tendencia examinada. Y en quinto lugar, muy poca gente conoce en serio a Parsons.

¿Cómo, pues, explicar la notable inclinación del pensamiento sociológico académico a organizar la reflexión en términos sistemáticos –conscientemente o no, dentro y fuera de la escuela funcionalista a pesar de la escasísima representatividad de esa tendencia en el seno del panteón de las vacas sagradas? La respuesta hay que buscarla en la tradición filosófica racionalista inaugurada por Descartes, continuada por Leibnitz, Schelling y Kant, recogida por Comte y Spencer y, desde luego, estimulada y alimentada por la revolución económica capitalista y el concomitante desarrollo de un sistema económico de mercado, como fue discutido brillantemente por Lukács.

¿Pero por qué el empleo del principio de sistema como principio de organización teórica repercute negativamente contra la institucionalización intelectual del pensamiento marxista en la escena académica? Por múltiples razones pero quisiera, en esta oportunidad, destacar solamente dos o tres. En primer lugar, el principio de sistema excluye *ipso facto*, necesariamente, la noción de historia. Esa fue una de las razones, precisamente, para el desarrollo cartesiano del nuevo paradigma. La historia, lo accidental, lo contingente se tornan irrelevantes, secundarios y antipáticos para el pensamiento sistemático. Toda concepción sistemática, o sea, mecánica y en términos de las relaciones funcionales entre las partes de un todo hace prescindible el recurrir a factores genéticos.

En segundo lugar, las explicaciones sistemáticas ponen el énfasis en el análisis contrariamente a las explicaciones históricas cuyo énfasis yace en la síntesis. Explicar sistemáticamente significa establecer relaciones entre factores que han sido previamente separados analíticamente y a los cuales se les asigna diferencialmente un peso funcional determinado. La explicación histórica, en cambio, reposa principalmente en las interpretaciones de conjunto que agregan o añaden un significado adicional a la dimensión funcional y tal explicación sólo se considera satisfactoria cuando ha identificado, mediante un esfuerzo teórico, las múltiples determinaciones del objeto, para emplear una conocida frase del mismo Marx.

En tercer lugar, ya sea en las explicaciones sistemáticas vinculadas a una teoría del sistema social con énfasis homeostático, como es el caso de Parsons, o en las explicaciones sistemáticas disociadas de la entelequia metafísica de la homeostasis, como es el caso de Merton, en ambos casos la explicación es siempre teleológica, finalista. La explicación, por así decirlo, está en el futuro y no en el pasado. La antipatía de este modo de explicación a cualquier principio histórico es evidente y no requiere comentario.

Pero hay una cuarta razón de gran implicación epistemológica para la oposición frontal e irreconciliable entre el empleo de la noción de sistema y la ciencia marxista y que tiene que ver con la naturaleza de las categorías que una y otra perspectiva emplean.

Todas las construcciones de pensamiento y la teoría sistemática son racionalistas, *i.e.* son transformaciones analíticas con propósito heurístico de objetos concretos. En tal sentido son rigurosa-

mente formales, desprovistas de contenido. Existen apenas teóricamente. Son, en el lenguaje kantiano, construcciones regulativas. Son ficciones fecundas, pero ficciones, de todas maneras. Son, en resumen, meros términos teóricos. David Easton, el gran xangó de la ciencia política behaviorista norteamericana, por ejemplo, define sin el menor sentido de vergüenza o pudor intelectual como sistema político cualquier conjunto, repito, cualquier conjunto de variables que a mí se me antoje considerar, para efectos analíticos, como sistema². Igual suerte, con más veras, corren todas las otras categorías asociadas a las teorías de ese tenor, conceptos como equilibrio, función, adaptación, integración, insumo, etc. ¿Y cuál es el problema al conceptualizar de esa manera? Pues que las categorías analíticas no determinan al objeto: no lo constituyen, para volver al lenguaje kantiano. En otras palabras, la teoría permanece siempre como mera abstracción, como forma vacía. Nos puede permitir, desde luego, aproximarnos intelectualmente al objeto pero no nos permite tener acceso a las determinaciones reales, concretas, históricas, específicas del objeto. Qué diferencia más abismal, por ejemplo, entre conceptos meramente analíticos como actor social, estrato social u organización social en la perspectiva racionalista y conceptos teórico-prácticos como proletario, burguesía o Frente Popular. En el primer caso, el concepto aparece como forma social históricamente indeterminada igualmente aplicable ya sea a una sociedad esclavista o a una sociedad urbano-industrial. En el segundo caso, en cambio, el concepto aparece desde el inicio preñado de determinaciones sociales y significaciones ideológicas y culturales.

V. El influjo del marxismo en la investigación

Las ideas expuestas hasta ahora creo que dejan en claro, entre otras cosas, lo siguiente, a saber: que la sociología académica y el pensamiento marxista constituyen dos visiones radicalmente opuestas del mundo social; que esas dos visiones se organizan a partir de supuestos y de objetivos teóricos y

metodológicos igualmente opuestos; y, finalmente, que reducir la distancia que separa la una del otro no es cuestión de un mayor flujo de comunicación y conocimiento recíproco y mucho menos aún, de propósitos o intenciones definidos en ese sentido. Hay, para colocarlo en términos drásticos, una brecha epistemológica y metodológica entre los dos.

La verdad es que, no obstante la relativa familiaridad de la sociología académica colombiana con el pensamiento marxista a lo largo de prácticamente una generación, no ha surgido, hasta donde yo sé, una escuela que represente una síntesis de lo mejor de esas dos corrientes.

Paradójicamente, pero también comprensiblemente desde otra perspectiva, las publicaciones en ciencias sociales más preocupadas por establecer un diálogo con el marxismo provienen de la economía, la más “burguesa” –por lo menos en espíritu– y la más racionalista de las ciencias sociales. Provienen, sobre todo, para ser más precisos, de la investigación en historia económica. Como la sociología académica no ha producido hasta el momento ninguna monografía o investigación de valor marxista, quisiera concluir este trabajo seleccionando, en su defecto, dos obras de historia económica donde se pueda apreciar la influencia del pensamiento marxista. Una es la obra de Jesús Antonio Bejarano, *El régimen agrario de la economía exportadora a la economía industrial*³ y la otra es la obra de Absalón Machado, *El Café: De la Aparcería al Capitalismo*⁴. Ambas son obras serias, sin afán demagógico, inspiradas en un deseo bien evidente de conocer auténticamente nuestra historia económica y representan el fruto de una enorme y valiosa cantidad de trabajo. Son pues, fuera de duda, obras que representan lo mejor de nuestra investigación económica actual.

Ambas, también, comienzan por reivindicar las virtudes y la superioridad de una metodología marxista para el estudio de sus respectivos objetos. Y lo hacen, por lo demás, con bastante ingenio y perspicacia intelectual. Machado, por ejemplo, comienza criticando las explicaciones económicas del atraso industrial de los años 30 que se centran en señalar una serie de factores limitantes (bajo nivel de ingresos, relaciones precapitalistas en la agricultura, inestabilidad de los productos de exportación en el mercado internacional, etc.).

3. Bogotá: La Carreta, 1979.

4. Bogotá: Punta de Lanza, 1977.

2. “Para comenzar podemos definir un *sistema* como cualquier conjunto de variables, *independientemente del grado de relación existente entre ellas*. Si preferimos esta definición, es porque nos exime de la necesidad de dirigir si un sistema político es realmente un sistema. La única cuestión importante sobre una serie seleccionada como sistema para el análisis, es saber si constituye un sistema *interesante* [sic].” D. Easton, “Categorías para el análisis sistemático de la política” en D. Easton, comp. *Enfoques sobre teoría política*, 2a. ed., Buenos Aires: Amorrortu, 1973, p. 221. Todos los énfasis, con excepción del primero, son agregados.

factores que de uno u otro modo obstaculizan la formación de un mercado interno y el estímulo al desarrollo industrial. La crítica de Machado, enteramente juiciosa, es que esas explicaciones inducen equivocadamente a pensar que sólo bastaría eliminar tales obstáculos para tener un camino abierto hacia la industrialización. Pero esos obstáculos no dicen nada con relación a la concentración económica y la formación de una estructura monopólica, la creciente extranjerización de la industria nacional, la dependencia tecnológica, el tamaño del mercado, etc. Esto, dice Machado, sólo puede ser explicado desde una perspectiva histórica. Por otra parte, el simple análisis de las funciones de producción en el sector exportador —que determinan las intensidades en el uso de los factores— no es suficiente para comprender por qué en unos casos se generan actividades no primarias que dinamizan la economía y en otros casos no; ni para explicar la forma como se utiliza el excedente generado en la economía de exportación, ni quién se apropiá de él.

“Solamente el análisis de las relaciones sociales de producción predominantes en las actividades exportadoras —concluye Machado— permitiría explicar los diferentes efectos de esa actividad sobre todo el sistema económico en general”⁵.

Por su parte, Bejarano manifiesta también su insatisfacción con la generalizada tesis según la cual la remoción de obstáculos institucionales es la clave para la comprensión del comienzo de la industrialización de los años 30. Y agrega que

“el comienzo de la industrialización significa en lo esencial un cambio en las formas de acumulación de capital, es decir, inaugura un nuevo modo de acumulación que requiere mucho más que la remoción de obstáculos institucionales; que precisa, para ser exactos, un espacio nuevo de relaciones sociales que den viabilidad al nuevo modo de acumulación. Los obstáculos, por tanto, se refieren a la presencia de relaciones sociales incompatibles con el nuevo modo de acumulación y la superación de tales obstáculos debe localizarse, en consecuencia, en torno a los cambios que deben producirse en dichas relaciones”⁶.

Y más adelante Bejarano insiste correctamente en la misma cuestión:

“‘el brote’ de la industrialización no puede considerarse a partir de la inversión de los beneficios industriales sino que es necesario explicar la aparición del conjunto de relaciones sociales que están en la base del origen de los beneficios”⁷.

5. *Op. cit.*, p. 16.

6. *Op. cit.*, pp. 14-16.

7. *Op. cit.*, p. 176, n. 14.

En ambas obras, como acabamos de ver, hay un énfasis metodológico acertado en la insistencia a tomar en serio lo que constituyó originalmente el objeto de la sociología entre clásicos como Maine, Toennies, Simmel, Weber, Durkheim y otros: las relaciones sociales. Las dos obras suscitan, con razón expectativas que lamentablemente no son ampliamente satisfechas. En efecto, a medida que uno va acompañando el desarrollo de las dos investigaciones, va ganando progresivamente fuerza la impresión que esas dos investigaciones de historia económica tienen más de economía que de historia o, mejor aún, están más inspiradas por una lógica “económica” que por una lógica “histórica”. La historia económica tiende a ser examinada como un sistema más que un campo social o como una totalidad histórica rica en significaciones. El simple empleo del concepto de relaciones sociales no es condición suficiente para historicizar la economía. Mientras subsista en el fondo una concepción positivista asociada al principio de sistema constituido por una serie de factores, las relaciones sociales se transformarán en otro factor más sujetas al implacable determinismo mecanicista del sistema. La noción de *praxis*, orgánicamente aliada a la noción de relaciones sociales, se esfuma y el principio de transformación del sistema se convierte en una entelequia, en una abstracción.

Pero no es sólo el concepto de *praxis* su introducción en la interpretación histórica lo que tiende a estar ausente en las investigaciones de historia económica. Lo que también está faltando, y ese es mi reto a toda la historiografía marxista colombiana, es el empleo de una aproximación hermenéutica que restaure el significado al movimiento histórico.

Fernando Uricoechea. Sociólogo colombiano. Profesor de la Universidad Nacional. Autor de *Modernización y desarrollo en Colombia: 1951-1964, Intelectuales y desarrollo en América Latina, O Minotauro Imperial: A burocratização do Estado patrimonial brasileiro no século XIX, Estado y burocracia en Colombia*.



Picasso: Toro (Boceto para **Guernica**). Dibujo a lápiz sobre papel.